

Gota fría

Nadar a contracorriente y trepar después por una fachada, para ponerse a salvo, lo habían dejado exhausto. Sin embargo, en cuanto la vio, no dudó un instante en descolgarse por la pared para alcanzarla, aun a riesgo de caer de nuevo al agua. No tenía mucho tiempo: el abrigo de la niña, que se había quedado milagrosamente enganchado en el resalte de una bajante, no tardaría en soltarse y la pequeña se vería arrastrada por la riada. Se sujetó con una mano a uno de los barrotes del balcón y la aferró por la ropa con la otra. Por fortuna, era menuda y apenas pesaba. Además, Neo era muy fuerte. Siempre lo había sido. Era un don y también, en cierto momento de su vida, cuando Lía se despidió para siempre y él tuvo que seguir adelante, una maldición. El intenso dolor no le imposibilitó vivir. Su instinto de supervivencia, sustentado por esa fuerza primitiva, lidió contra una mente moldeada para amar a Lía por encima de todo y de esa lucha resultó una vida desconsolada.

Al final, logró entrar en la casa con la niña en brazos. La depositó con cuidado sobre la cama de lo que parecía un dormitorio infantil. Multitud de peluches, Playmobil y muñecas Barbie, dispuestos en los estantes de las paredes, la acompañarían. No se podría haber encontrado mejor lugar para el descanso de la pequeña. Le retiró el abrigo empapado y la cubrió con una manta hallada en el altillo de un armario. Su carácter comedido le hizo sentirse incómodo al desordenar el hogar de unos desconocidos. Aquel pensamiento resultaba ridículo si se tiene en cuenta que la planta inferior había quedado completamente inundada. Cuando bajara la riada, lo verdaderamente destacable, más allá del leve desorden causado por unos intrusos, serían los electrodomésticos inservibles, las carpinterías hinchadas y los kilos de lodo recubriéndolo todo.

Regresó al balcón para comprobar si alguien más necesitaba ayuda, pero tan solo vio ramas y cañas flotando, algún contenedor de basura a la deriva y coches sin conductor avanzando como naves fantasmas, con los faros encendidos. Empezó a notar el frío, se quitó la ropa mojada y se envolvió en la colcha de una cama de matrimonio. Regresó al cuarto donde estaba la niña y se sentó en una pequeña butaca junto a ella. No quería dejarla sola. Tenía una carita redonda de muñeca y algunos mechones rubios

de su cabello húmedo se arremolinaban en sus mejillas. Parecía unos años menor de lo que era Lía cuando se marchó.

También Lía era preciosa. Se felicitaba de que hubiese salido a la madre y no a él, quien se consideraba muy poco agraciado. Sus amigos siempre se reían de su apodo, pues en nada se parecía al joven Keanu Reeves de *Matrix*. Ignoraban que el paso de José Luis a Neo, saltándose el “papá”, no tenía nada que ver con la película de los noventa. El sobrenombre surgió cuando Lía tenía cinco años y visitaron una exposición sobre la evolución humana. En un rincón de una de las salas había una reproducción a tamaño real de un Homo neanderthalensis. Su cráneo alargado, frente inclinada, cejas prominentes, nariz ancha, ausencia de mentón y complexión robusta le recordaban tanto a su padre que Lía terminó algo confundida con las teorías sobre evolución y especies extintas que allí se explicaban. Neo venía de neandertal y fue el apodo que cariñosamente escogió Lía para su progenitor, a la vez que empezó a cultivar un interés por la prehistoria que ya no abandonaría. Era una afición vinculada directamente con el aspecto físico de su padre, al que adoraba. Todos andaban convencidos de que, de mayor, sería arqueóloga o antropóloga. Eso era antes de saber que Lía nunca sería mayor.

—Mira —mostraba Lía a su padre desde su cama de hospital, levantando el libro que acababan de regalarle—. Aquí pone que los neandertales como tú ya cuidaban de los enfermos hace miles de años. También enterraban a sus muertos. No sois tan brutotes como piensa la gente.

Neo intentaba reír con ella, pero, por dentro, lo mortificaba el interés que, en sus últimos momentos, Lía empezó a mostrar por la muerte, como si intuyera lo que le esperaba, aunque nadie se lo hubiera dicho. A veces hablaba de cómo le gustaría ser enterrada, sin dramatismos, de la misma forma en que en otros tiempos hubiese hablado de cómo celebrar su fiesta de cumpleaños o redactado su carta a los reyes. Neo procuraba cambiar de tema: se veía incapaz de mantener esa conversación sin derrumbarse. Más tarde, cuando todo terminó, se arrepintió de esa flaqueza, de no haberla dejado explayarse, tomando nota para, llegado el momento, inhumarla con todos sus caprichos de niña mimada.

Neo ignoraba hasta qué punto Lía era consciente de lo grave de su enfermedad. ¿Sabía que iba a morir? ¿Eso la asustaba? En cualquier caso, conociéndola, si Lía temía algo, no era lo desconocido, sino la idea de dejar su mundo: un mundo en el que había sido la reina y Neo, su súbdito fiel. Por las noches, antes de dormirse, apretaba con fuerza la mano de Neo mientras estrechaba a Pompón, el conejito de peluche que la había acompañado siempre, y decía:

—Pase lo que pase, no me separes nunca de Pompón.

Pompón se quedó con ella en su pequeño féretro de madera, en el cual el corpulento Neo no habría cabido. El ataúd era blanco, tal como Lía había pedido en su lista de deseos. Saber que unos neandertales como su padre habían enterrado a sus muertos hacía más de cien mil años le revelaba la importancia del acto. Entendía que los vivos lo necesitaban, también Neo. Los humanos requerían despedirse sin romper completamente el hilo entre los que se quedaban y los que se habían ido. Sentir que no todo había terminado. Buscar consuelo junto a un montículo de piedras, un sepulcro, una cruz, una lápida, una urna o simplemente una humareda elevándose hacia el cielo arrastrando un alma. Era en los albores de la civilización cuando los fuertes y sanos comenzaron a cuidar de los enfermos, se dejó de abandonar a ancianos y lisiados y la vida humana pasó a ser tan valiosa que se tornó impensable no honrar su muerte.

Neo, cansado y derrotado, se quedó dormido en la pequeña butaca de aquel cuarto infantil hasta que amaneció. Unas voces lo despertaron. Al abrir los ojos, contempló de nuevo el rostro de la niña, esta vez iluminado por la claridad de la mañana: apreció la piel translúcida de sus mejillas suaves y regordetas, semejantes a las de un querubín tallado en alabastro.

El ruido de unos pasos lo sacó de su ensimismamiento y salió al encuentro de lo que pensó sería un equipo de rescate. En el pasillo se topó con un hombre joven de uniforme.

—Buenos días, ¿qué tal se encuentra? —preguntó el guardia civil—. ¿Hay alguien más con usted?

—En ese cuarto hay una niña. Anoche la rescaté del agua.

El guardia, que había entrado al cuarto para comprobar la situación, regresó pálido.

—La niña... ha fallecido —murmuró.

—Debería de habértelo advertido. Lo siento, no se me ocurrió —dijo Neo, desolado al ver su desaliento—. Ya lo estaba cuando la saqué del agua. Su familia la estará buscando. Cuando la encuentres, diles que no estuvo sola. Es importante.

El guardia civil llevaba muchas horas rescatando a supervivientes y recuperando cuerpos. Se había desvivido en socorrer a los vivos, pero sin descuidar a los fallecidos: sabía por experiencia que, una vez perdida la esperanza de hallar con vida a un ser querido, para los familiares resulta crucial recuperar sus restos para cerrar la herida y aquietar el dolor. Muchos de los muertos eran ancianos que se habían ahogado al no poder salir de sótanos o plantas bajas; otros eran conductores atrapados dentro de sus coches, amontonados en calles y carreteras anegadas. Sin embargo, el joven agente aún no estaba bregado en toparse con cadáveres infantiles. El neandertal se compadeció del sapiens al observar su desánimo.

A Neo, la realidad presente no le afectaba tanto. Había experimentado la muerte de su mundo y sobrevivido a la extinción hacía mucho tiempo y, por ello, lo aceptaba todo de otra forma. Aquella noche había evitado que la pequeña desapareciera en la riada. Pensó en quienes hallarían consuelo al poder abrazar su cuerpo inerte, besar su carita suave, aunque no vuelva a abrir los ojos, y despedirla como es debido. Porque, en el fondo, esa despedida no era solo un gesto íntimo: era la forma más antigua que tiene el ser humano de resistir frente a la pérdida.

Sacaron a la niña en una camilla. Neo seguiría vivo un día más. El sapiens lo abrigó con una manta, le ofreció agua y comida. Quería cuidarlo. Neo estaba a cien años luz. Pensaba en Lía.